DE ESCLAVOS A COMBATIENTES EN EL EJÉRCITO LIBERTADOR: LOS NEGROS EN LA INDEPENDENCIA DE COLOMBIA

Roger Pita Pico
rogpitc@hotmail.com
Academia Colombiana de Historia
Bogotá, Colombia

Resumen

Este trabajo tiene por objeto analizar la participación de los negros esclavos en las guerras de independencia de Colombia entre los años 1810 y 1822. Diferentes fueron las facetas de este segmento de la población en estos tiempos de agitación política y militar, desde espías y cargueros hasta su acción en el campo de batalla. Tanto el bando Republicano como el bando realista mostraron su interés en vincularlos a sus filas, casi siempre con el ofrecimiento de libertad que era quizás el mayor anhelo de estos hombres en estado de esclavitud. Los Republicanos, bajo el mando del general Simón Bolívar, fueron los que realizaron la mayor convocatoria al llamar a 5000 esclavos a empuñar las armas dentro del proceso de liberación de Colombia y Venezuela. Valioso fue el aporte de estos combatientes al proceso de formación de las naciones hispanoamericanas. La justificación que motivó este escrito es avanzar en el propósito de visibilizar el rol asumido por las minorías étnicas en esta etapa crucial de la historia de Colombia.

Palabras clave: Negros, esclavos, guerras, independencia, Colombia.

Introducción

Desde los albores del coloniaje hispánico, nunca antes los negros esclavos[1] habían tenido un involucramiento tan activo como el que

[1] Para el censo de 1778, los esclavos escasamente llegaban al 8%. Hacia 1810, al inicio de las guerras de independencia, era ya evidente el declive demográfico al tiempo que se consolidaba la mayoría conformada por blancos y mestizos (Tovar, 1994, pp. 86 y 88)

mostraron durante las guerras de independencia de comienzos del siglo XIX.

A través de sucesivas generaciones, muchos de estos pobladores cargaban con una acumulación de resentimientos, humillaciones y explotaciones, tal como se pudo traslucir en innumerables protocolos de la época colonial. Por eso, estas guerras con sus ideales de libertad e igualdad pudieron eventualmente convertirse en un fuerte atractivo que impulsó a muchos de ellos a la acción y al riesgo, todo con tal de superar esa postrera posición en que la sociedad los tenía sumidos.

No es fácil escudriñar las razones que motivaron a este grupo social subalterno en el ámbito de la guerra, y más si se tiene en cuenta que eran por lo general analfabetos. Sin embargo, las actuaciones mismas de este grupo llano de la sociedad pueden constituirse en un indicio revelador de sus propósitos y de su pensamiento. Y, aunque se creía que su bajo nivel cultural e intelectual

dificultaba en ellos decisiones autónomas, está plenamente comprobado que en ciertas oportunidades manifestaron abiertamente sus propias voluntades, tal como fue el caso del liderazgo asumido por los mulatos durante el movimiento independentista de 1811 en la ciudad de Cartagena (Gutiérrez, 2005, pp. 372-392).

La única conclusión preliminar a la cual se puede llegar es que la posición asumida por los negros esclavos durante la guerra fue muy diversa y solo se puede particularizar escudriñando el contexto geográfico, social, económico y político del momento. La interpretación de los acontecimientos políticos y el modo de reaccionar frente a estos dependieron de una multiplicidad de intereses, valores y expectativas.

Aunque está comprobada la participación de estas comunidades durante la primera toma del poder por parte de los patriotas (1810-1815), debe reconocerse por anticipado que la mayor parte de las fuentes documentales halladas hace referencia al período más álgido y crudo del conflicto que corresponde al desarrollo de la Reconquista emprendida por el expedicionario Pablo Morillo y a la recuperación del poder por parte de las fuerzas Republicanas, cuyo punto culminante fue la expulsión de los realistas de la costa del Caribe y de la región del Cauca.

Inevitablemente, esto hace que el presente análisis se concentre más que todo en los agitados años de 1816 a 1822.

Estas guerras traerían una gran demanda de combatientes, que terminó comprometiendo a prácticamente todos los sectores sociales y étnicos. Si se mira al interior de los ejércitos, el segmento blanco, es decir, chapetones y criollos, eran casi siempre las cabezas visibles. Pero en términos demográficos eran una minoría, razón por la cual se hacía imprescindible apelar al grueso de la población, que en este caso lo eran las masas bajas de la sociedad, compuestas por mestizos, indios y negros.

La necesidad afanosa de incorporar pie de fuerza hizo que la composición de los ejércitos fuera amplia. Esto ayudó a que la fórmula más fácil de ascenso social para esta época fuera a través de los méritos en la milicia. Aunque a veces se fijaban determinados parámetros, casi siempre la condición general que más importaba a la hora del enrolamiento era el ser apto físicamente para la vida militar, con lo cual se ensanchaban las posibilidades de incluir más individuos. No obstante, las clases altas podían pagar un sustituto y los hijos de las viudas también quedaban eximidos.

Un conflicto tan prolongado e intenso como este obligó a los líderes patriotas y realistas a lanzar no una sino varias convocatorias masivas para engrosar las esquilmadas y agotadas filas azotadas por tantos embates, deserciones y bajas en el campo de batalla. En ocasiones, era tanta la urgencia de tropa que, a cada pueblo que se llegaba, se hacía el respectivo llamado, ya fuera mediante proclamas y discursos persuasivos o a través de métodos intimidatorios.

Si bien algunos accedían voluntariamente al servicio de las armas, en devoción al sueño de tener un mejor porvenir, la verdad es que cada vez eran más los que rehuían a estos llamamientos. Las penosas condiciones del servicio, las largas travesías por geografías agrestes, los bruscos cambios climáticos, los inmensos riesgos de enfermedades, los incipientes y demorados pagos, se convirtieron en factores disuasivos. Fueron realmente abundantes las quejas de soldados y oficiales en relación con estas problemáticas. Las esperanzas para aliviar esta situación se esfumaban ante la insalvable precariedad de recursos. A

continuación, se analizará con más detenimiento la participación de los negros esclavos en el campo de batalla.

Idoneidad como combatientes

Las opiniones sobre la idoneidad de los negros en el campo de batalla fueron de diversa índole, aunque debe reconocerse que buena parte de ellas eran desfavorables. El humanista y político tolimense José María Samper hizo en su Ensayo sobre las revoluciones políticas un intento por caracterizar la participación de cada una de las castas en la guerra de independencia. Según su percepción elitista y peyorativa, el criollo era la inteligencia y la guía de la revolución, mientras que el indio, el negro, el mulato y el mestizo eran solo instrumentos materiales. En sus descripciones estaba aún latente el pensamiento colonial. Creía que cada una de las etnias concurría a la lucha según su temperamento y sus tradiciones (1969, p. 187).

A diferencia de los indígenas, desde tempranas épocas los exponentes de la raza de ébano fueron reconocidos por su resistencia y energía, muchos de ellos acostumbrados a soportar hambres y necesidades. La tan renombrada fortaleza atribuida a estos hombres descendientes de África se sustentaba en su trayectoria de trabajo forzado en su tierra de origen en medio de un clima y unas condiciones realmente hostiles. Habían demostrado, además, ser resistentes contra muchas enfermedades que introdujeron los españoles al Nuevo Mundo y que tuvieron secuelas devastadoras dentro de la comunidad indígena.

El mismo comercio esclavista operó también como un proceso de selección que privilegiaba a los hombres con mayor despliegue de fuerza. El resultado de este tamizaje fue lo que el historiador Magnus Mörner llamó una "élite biológica", que en últimas era la que llegaba a desempeñarse en las minas y en otras desgastantes actividades (1969, p. 30).

Percepciones como estas fueron retomadas como justificación para integrar a esta población de color a las lides militares. Desde las jornadas de Conquista, los negros esclavos más fieles fueron utilizados en la persecución de los cimarrones (Palacios, 1994). También existen evidencias de la conformación de milicias provisionales de esclavos para

resistir el ataque de piratas en las provincias de Cartagena y Santa Marta (Gutiérrez, 1994, p. 27).

Estas expediciones fueron muy controladas y bajo circunstancias muy específicas. No hay que olvidar que en repetidas ocasiones la Corona se había mostrado renuente en permitirles el uso de armas porque se pensaba que podían utilizarlas peligrosamente para sublevarse o para cometer algún otro tipo de delitos (Recopilación, 1973, p. 287). El incremento de la población negra y la proliferación de palenques eran factores que las autoridades españolas tenían presentes para mantener vigente ese impedimento.

Cuando estallaron las guerras de independencia, los líderes de los dos bandos en contienda no dudaron en vincular negros esclavos. No obstante, se escucharon también algunas críticas y reservas. El humanista José María Samper pensaba que estos hombres de ébano eran incapaces de comprender la revolución. Exaltó en ellos dos rasgos contrastantes, su resignada obediencia y su arrojo en el campo de batalla (1969, p. 187).

Al final, son muchos los pasajes de la historia que demuestran la valentía y habilidad de los negros en el campo de batalla, pero también debe reconocerse que en no pocas ocasiones sucumbían ante la dureza de las condiciones, los maltratos recibidos de sus jefes militares y los rigores propios de la guerra.

La participación en la guerra

A pesar que para esta época de la Independencia la población esclava en todo el territorio de Nueva Granada no alcanzaba a sobrepasar la décima parte del total, no por ello dejaron de haber indicios que acreditaron su participación durante este álgido período.

Fueron diversas las actitudes asumidas por los negros. Unos estuvieron del lado del proyecto americano, algunos defendieron el estandarte realista mientras que otros eventualmente permanecieron alejados de cualquier intervención, ya fuera por ignorancia o por estar demasiado distantes de los epicentros del conflicto. El cambio de bando no fue una opción descartable y en gran medida fue propiciada bajo el acicate de llamativas garantías e incentivos. Lo que sí está claro es que no siempre se mantuvo incólume el vínculo de lealtad hacia el amo, ya que

en ocasiones primó la actitud desafiante de tomar partido, muchas veces bajo el impulso de influencias externas.

Aun cuando este era un conflicto generalizado que comprometía prácticamente a todo el territorio neogranadino, las distintas proporciones de población esclava halladas en cada una de las provincias, hacían imperioso el remitirse mejor a las secuelas locales y regionales. Estos matices territoriales conducían, sin lugar a dudas, a un mejor entendimiento de la complejidad del proceso.

Así, por ejemplo, la modesta población esclava en el área nororiental, en donde el promedio de piezas por amos no pasaba de 3 o 4, hizo que hubiese más dominio y control del que se pudo ejercer en otras provincias como Popayán, Antioquia o la costa caribe, en donde el mayor número y concentración de estos hombres los empujó muchas veces a actuar deliberadamente. Son bien conocidas en estas latitudes las rebeliones colectivas fraguadas por esclavos de grandes haciendas y el continuo accionar de guerrillas.

Cuando se habla del papel de los esclavos en las guerras de independencia, lo primero que hay que reflexionar es cómo fue su intervención bajo la condición de esclavitud en que estaban sumidos.

Desde sus inicios, la sociedad colonial mantenía un orden basado en una estricta organización jerárquica, en donde el amo blanco se reafirmaba en la cabeza piramidal al tiempo que se procuraba mantener al esclavo dentro de la posición postrera que le signaba su estatus. Aun cuando estaban unidos por un contrato de propiedad, unos y otros actuaban inmersos bajo un vínculo de poder, irreconciliablemente ubicados en estadios extremos del cerrado andamiaje social (Colmenares, 1997, p. 92). Sus relaciones estaban marcadas por una fuerte estigmatización social, y eso se veía ampliamente reflejado en la legislación.

Específicamente, el negro fue subestimado por su origen africano. Su mismo color de piel le rotulaba una serie de tachas, tales como: borracho, grosero, ladrón, perezoso, pendenciero, por solo señalar unas cuantas. Era percibido por el elemento blanco con desprecio y constantemente se hacía referencia a él con expresiones desdeñosas.

Valido de estas diferenciaciones, el amo intentó legitimar aún más su poderío y superioridad sobre estos hombres de servicio. Era, pues, incuestionable la relación de dominio que, como muy bien se sabe, fue avalada y reproducida hasta por la propia Iglesia.

Este cúmulo de antecedentes hace pensar en principio que ellos no actuaron por su propia cuenta, sino que cualquier acción o decisión estaba siempre supeditada al albedrío de sus propietarios. Movidos por esa obediencia, algunos debieron afrontar las represalias y castigos emprendidos contra sus amos, llegando incluso a ser mártires.

Pero la realidad bajo el contexto excepcional de la guerra fue mucho más compleja. El ambiente de agitación y la atención hacia los trajines del conflicto contribuyeron a dislocar las frágiles relaciones de dominación. Así entonces, algunos esclavos actuaron deliberadamente y tomaron partido. Muchos vieron en el caos reinante la oportunidad que habían anhelado de tener bienes, así fuera mediante la vía ilegal del saqueo y el robo. Otros, impregnados del ánimo de venganza, arremetían violentamente contra sus dueños, hastiados de tanta ignominia y excesos propios del régimen esclavista. Vale recordar que algunos negros, especialmente en el suroccidente neogranadino, se alzaron contra los grandes terratenientes y mineros de demostrada fidelidad a la estructura política colonialista (Jurado, 1990, p. 399).

De todas formas, el futuro que les deparaba a los esclavos una vez incorporados era muy incierto e impredecible. En términos generales, se puede afirmar que el esclavo, más que participar en estas contiendas, fue casi siempre "utilizado" (Gutiérrez, 2005, p. 75). Todo indica que desde un comienzo los realistas lograron avivar el resentimiento de los esclavos hacia la oligarquía criolla en tanto que los líderes patriotas buscaron consenso en torno al sentimiento americano que los unía en contra de los españoles.

En Nueva Granada, en términos generales la zona minera y latifundista del Cauca, que desde tiempo atrás contaba con amplia presencia esclava, sería la que en últimas mostraría la mayor tendencia de adhesión a la causa monárquica. En ese sentido, cabe rememorar el papel

de los esclavos en las llamadas guerrillas del Patía que resultaron inducidos por sus propios amos para mantener el viejo orden y, desde luego, en procura de sustentar los privilegios alcanzados. En las mismas comarcas de Popayán, grupos de zambos y libertos se sumaron a la defensa del orden imperial cometiendo varios saqueos bajo el influjo del comandante español Juan Sámano.

Dentro del ejército de Morillo había algunos batallones compuestos por mulatos y negros provenientes de Venezuela. Cuando este oficial dejó la ciudad de Bogotá para dirigirse al norte, lo hizo escoltado de una guardia de honor conformada por 20 negros bien vestidos y montados a caballo. Se sabe además que hacia 1820 el comandante realista don Sebastián de la Calzada armó a gran parte de los negros de Quilichao y de las haciendas para organizar su caballería (Restrepo, 1954, p. 64).

Fueron varias las razones por las cuales los esclavos terminaban inmiscuidos en la guerra. Dentro del proceso de reclutamiento que ordenó a finales de 1821 en la ciudad de Cali el presidente Simón Bolívar, fue incluido un negro llamado Gabriel. Al entregarlo, su ama solo puso una condición especial: "[…] suplicando a V.S. por convenir, así al bien público y a la quietud de mi casa, se sirva destinarlo al cuerpo de tropas que hayan de seguir para Guayaquil, y de ningún modo a las de Popayán"[2].

Está comprobado también que en ocasiones los esclavos tomaban la decisión de vincularse activamente al conflicto. Ramón Sarmiento huyó en 1813 de la casa de su amo, don Cayetano Sarmiento, residente en la ciudad de Buga. La causa para haber tomado tal conducta era por un fuerte castigo de cien azotes que su señor le había propinado[3].

---

2 Archivo Central del Cauca (ACC). *Sala Independencia, Civil II, 6 Gobierno,* signatura 6869, f. 2r

3 Archivo General de la Nación (AGN). *Sección Archivo Anexo, Fondo Esclavos,* tomo 3, ff. 391r-403v.

En 1816, el negro Simón se presentó en Rionegro ante el coronel Vicente Sánchez de Lima, gobernador político y militar de Antioquia, manifestando su deseo de servir al rey. El motivo que expuso para tomar tal determinación era porque en su casa, su amo Pedro Díaz no lo quería[4]. Obviamente, esta decisión unilateral del esclavo generaba disgusto en su amo que veía cómo era transgredida su autoridad y poder de dominio como legítimo propietario.

En julio de 1820, el secretario del Interior y de Justicia, José Manuel Restrepo, puso en alerta a las provincias sobre la denuncia según la cual algunos esclavos se presentaban al servicio de las armas por huir del castigo de sus amos. La idea a futuro era evitar este tipo de situaciones y, en todo caso, los negros debían presentarse a la vida militar con la venia de sus señores[5].

En muchas otras circunstancias, la vinculación de la población esclava en las acciones bélicas no era producto de su mero capricho ni el de sus amos, sino que provenía de la voluntad de las autoridades civiles y militares, las cuales adoptaban decisiones impuestas las más de las veces bajo la fuerza o la intimidación, conforme a sus planes y necesidades. Este tipo de medidas oficiales se ubicaba por encima del poder ejercido por los propios amos, aunque no dejaron de suscitarse controversias y situaciones conflictivas de quienes opusieron resistencia al ver cómo se lesionaban sus derechos legítimos de posesión.

Desde luego, los esclavos no escaparon a reclutamientos masivos, acompañados a veces del ofrecimiento de la libertad como recompensa. Esta atractiva iniciativa fue puesta en marcha desde muy temprano por los dos bandos contrincantes.

Una de las más recordadas leyes expedidas por el Congreso de la República de Colombia fue la del 11 de enero de 1820 que incluyó en su artículo 3º una novedosa propuesta que transformaría la vida de muchos

---

4 Archivo Histórico de Antioquia (AHA). *Fondo Independencia,* tomo 837, documento 13.299, ff. 151r-152v.

5 AGN, *Sección República, Fondo Miscelánea,* tomo 201, f. 323r.

esclavos durante la guerra de independencia: "[…] los que fueren llamados a las armas por el presidente de la República, o hicieren algún servicio distinguido, entran desde luego en posesión de su libertad" (Correo, 1998, p. 205). Esto abriría la ventana para la más grande convocatoria militar de esclavos efectuada en territorio de Nueva Granada.

Amparado por lo contemplado en dicho Congreso, el presidente Simón Bolívar ordenó el 8 de febrero al general Francisco de Paula Santander organizar un ejército de 3000 esclavos en las provincias de Antioquia y Chocó, y 2000 en Popayán, preferiblemente solteros. En compensación, se les ofrecería la libertad desde el instante mismo en que salieran de sus comarcas, pero solo hasta después de dos años de servicio obtendrían la licencia absoluta. Si más esclavos de la cantidad pedida querían responder a este llamado, lo podían hacer bajo las mismas garantías. Para tales efectos, Santander recibió instrucciones precisas para dictar el respectivo decreto que debía ser publicado en cada una de las provincias aludidas[6].

Esta convocatoria fue objeto de un intenso debate avivado por la oposición de los grandes propietarios –especialmente de la región del Cauca– que se resistían a perder su mano de obra esclava. Al final, la meta de 5000 negros no fue cumplida cabalmente, aunque se pudo conformar un buen contingente que ayudó a asegurar la independencia de Nueva Granada y a abrir la senda hacia la emancipación de Venezuela.

Debe tenerse en cuenta que la participación de los esclavos durante estas luchas independentistas no se circunscribió exclusivamente al campo de batalla. De hecho, los documentos de la época revelan cómo algunos de ellos sirvieron de correos, espías, guardias, criados personales de jefes militares e incluso fueron ocupados en la fábrica de dotación para los milicianos y en el desarrollo de obras públicas.

---

6 AGN, *Sección República, Fondo Secretaría de Guerra y Marina,* tomo 325, f. 331r.

En 1821, el esclavo José León sirvió de guía al ejército Republicano en su correría a través de la cordillera central de los Andes. Ocho años después salvó la vida del general Manuel María Mosquera y lo condujo luego hasta la población de La Plata en donde se encontró con el presidente Simón Bolívar (Lohse, 2003, p. 12).

Eventualmente, el negro también sirvió de espía o como fuente de información estratégica. Son varios los informes y las cartas de la época que dan cuenta de la utilización de estos hombres como portadores de mensajes que podían resultar claves en momentos de apremio. Ha sido particularmente recordado por algunos historiadores el papel desempeñado por el llanero Inocencio Calacuerda, uno de los esclavos que se salvó del embargo que recayó sobre los bienes del gobernador de Cundinamarca, don Francisco Javier García Hevia, quien fue llevado al patíbulo en julio de 1816 por enviar donativos para socorrer la plaza de Cartagena sitiada por las tropas del rey.

Su viuda, la dama doña Juana Petronila Nava y Serrano, pasó a ejercer dominio sobre Inocencio. Ella, a pesar del infortunio de haber perdido a su cónyuge y de haber sido encarcelada y desterrada a Cajicá por mandato del comandante Pablo Morillo, seguía empeñada en trabajar por la causa americana. Junto a otras señoras, estableció un puente de comunicación con los jefes del Ejército Libertador que se estaba formando en Casanare bajo las órdenes del general Santander, manteniéndolos actualizados de todo cuanto acontecía en Santa Fe. Para cumplir esa función secreta, doña Juana se apoyó en Inocencio, quien gracias al conocimiento de la región pudo varias veces recorrer ríos, montañas y sabanas llevando información de carácter confidencial (Price, 1916, pp. 67-69).

Estando el oficial Republicano Andrés Sanz de Navia a mediados de septiembre de 1819 en la localidad de Lame, cercana a la ciudad de La Plata, recibió información de dos negros esclavos de las salinas de Valencia, quienes pasaban por allí transportando ocho mulas. Al ser interrogados, esta fue la información suministrada sobre el estado de las

operaciones en la región del sur y de los movimientos del general Simón Bolívar[7].

Particularmente en la provincia del Cauca se aprovecharon con frecuencia los datos aportados por los esclavos de haciendas para estar al tanto de las acciones y desplazamientos del otro bando. En junio de 1821, en su cuartel de Popayán, el general patriota Pedro León Torres hizo confesar a un negro que acababa de llegar de Pasto, esclavo del oficial enemigo Miguel Puente. El hombre traía cartas para varios particulares de la ciudad y entregó las novedades sobre el estado e itinerario del ejército realista que se alistaba a reanudar sus operaciones luego de vencido el tiempo de armisticio firmado entre Bolívar y Morillo (Cortázar, 1969, XIII, pp. 156-157).

Algunos esclavos fueron llamados a conformar las bandas militares que acompañaban a los ejércitos en campaña. El 11 de noviembre de 1820, el coronel José Concha, gobernador y comandante general de la provincia del Cauca, solicitó a las autoridades civiles y militares de Cali reclutar 12 muchachos esclavos para incorporarlos a la banda de tambores. A los 11 días se enviaron cinco y quedó pendiente el envío de los otros siete[8].

El apoyo de los esclavos en labores complementarias para el buen funcionamiento de los ejércitos pudo también ser de gran valía en estos momentos de conflicto. En octubre de 1819, el general Simón Bolívar impartió instrucciones al comandante militar de la provincia de Pamplona, coronel Jacinto Lara, para que en las haciendas de los "godos" se sembrara mucha yuca, maíz y plátano con la fuerza laboral de los esclavos allí existentes. Estos alimentos eran requeridos para la manutención de las tropas acampadas en esa propiedad y en el área limítrofe de San Cristóbal (Memorias, 1881, XVI, p. 507).

---

7 AGN, *Sección República, Fondo Secretaría de Guerra y Marina,* tomo 328, f. 1.033r.

8 ACC, *Sala Independencia, Civil III, 2 Gobierno,* signatura 6.542, f. 4r; signatura 6.717, f. 2r.

Obras públicas de gran importancia para la estrategia militar también se cuentan entre las ocupaciones que vincularon la fuerza laboral de la comunidad esclava. En especial, vale recordar la preocupación del gobierno de Reconquista por dotar a algunas zonas de obras civiles de beneficio público.

Una de estas obras de infraestructura fue el camino de Anchicayá que pretendía unir a las ciudades de Cali y Buenaventura en la complicada misión de remontar la cordillera occidental para buscar la salida al océano Pacífico. Fue este un proyecto controvertido, prolongado y crecido en costos en una coyuntura en la que prácticamente todos los fondos estaban enfocados en el gasto militar.

En algún momento se optó por exigirle a los dueños de haciendas y minas del vasto territorio caucano una cuota de esclavos para comprometerlos en la construcción de esta ruta. Las fugas empezaron a ser cada vez más constantes en razón a la demoledora carga de trabajo, al impacto implacable de las enfermedades y al maltrato continuo. Contrariados por esta situación, los encargados de la obra tomaron la determinación de cobrar a los amos de los huidizos una multa de 30 pesos por cada negro. Protestas airadas generó esta medida calificada de excesiva por algunos de los propietarios[9].

El coronel José María Cancino dio cuenta en diciembre de 1819 de haber traído negros del Chocó con el fin de fortificar el puerto de Buenaventura. Concluida esta obra, se despejaría con más seguridad el plan para zarpar por mar hacia Barbacoas y sacar de allí los recursos indispensables para ocupar Panamá (Cortázar, 1969, IV, p. 223).

Aunque no se les menciona tan a menudo como a los hombres, es indudable que las mujeres esclavas también jugaron un papel importante en el marco de la guerra librada por esos años, así fuera por lo menos como soporte de la familia ante la ausencia de sus maridos reclutados. Desde luego, esa participación femenina se ubica más en actividades

9 AGN, *Sección Archivo Anexo, Fondo Minas,* tomo 3, ff. 381r-383v.

complementarias que en el propio campo de batalla. El viajero inglés Charles Empson, en su visita a Colombia entre 1831 y 1836, describió a una negra llamada Manuela que le sirvió de cocinera. Tiempo atrás ella había obtenido la libertad en Cartagena sirviendo como enfermera en un hospital del Ejército Libertador (Reales, 2003, p. 420).

Conclusiones a manera de reflexión

Si bien las guerras emancipadoras coincidieron con el inicio de la etapa de decadencia del régimen esclavista colonial, en últimas ellas contribuirían a ahondar aún más esta crisis. El comportamiento demográfico de este segmento de la población es un claro indicio de esa situación.

Para 1825, es decir, al final de la guerra, se contabilizaron 45,839 esclavos, lo cual representaba apenas un 4% del conjunto de habitantes (Restrepo, 2009, pp. 1149-1151). Esto significa que, de 1778 a esta época, dicha población se había visto reducida prácticamente a la mitad, decrecimiento que dejaba mucho más tranquilos a varios sectores de la sociedad que desde tiempos coloniales se sentían amenazados por la abrumadora presencia del elemento negro en ciertas regiones (Hünefeldt, 2010, p. 288).

Al momento de entrar a comparar estas cifras con las registradas en Venezuela y Ecuador, lo primero que se deduce es que Nueva Granada fue la que más experimentó una pérdida en cuanto al número de su población esclava, que entre 1810 y 1825 se vio disminuida en un 65%. No hay que olvidar que muchos de los negros reclutados fueron llevados a luchar por la libertad de las otras naciones surandinas (Restrepo, 2009, pp. 1149-1151).

La línea decreciente siguió acentuándose a medida que avanzaban las primeras décadas de vida Republicana. Es así como al momento de decretarse la abolición absoluta de la esclavitud en Colombia, en 1851, este grupo social había quedado reducido a un total de 16,468 individuos que no alcanzaban a representar ni siquiera el 1% del total de la

población. La mayoría de estos últimos esclavos estaban ubicados en las provincias de Cauca, Barbacoas, Popayán, Chocó, Cartagena y Buenaventura (Urrutia y Arrubla, 1970, p. 25).

En síntesis, los años turbulentos de la guerra fueron de gran inestabilidad para este segmento de la sociedad, un nuevo ingrediente que agravaría aún más sus ya trastocadas vidas personales y familiares. De varias formas terminaron siendo afectados, entre ellas cabe mencionar el reclutamiento forzoso y las órdenes de embargo.

A esto había que agregarle la dura crisis económica derivada del frenesí de la guerra, una situación que afligió al conjunto de la sociedad pero que probablemente pudo ser más notoria en la colectividad esclava en razón a su postrera posición en la escala social. Era una época generalizada de escasez que pudo significar, tanto para ellos como para sus amos, intensos sacrificios y esfuerzos laborales de supervivencia.

Los llamados de reclutamiento y la atmósfera de inseguridad creada por las guerras de independencia trastornaron la vinculación de esclavos a la actividad productiva. Los crecientes gastos que implicaban la adquisición y mantenimiento de este personal de servicio se acentuaron aún más ante las vicisitudes económicas en medio del conflicto político y militar. Estas dificultades y el temor generalizado hicieron que muchos propietarios se precipitaran a vender sus bienes, incluyendo los esclavos, antes que cayeran en saqueos, en diligencias de secuestros o que ellos mismos huyeran o fueran reclutados (Tovar, 1994, p. 94). Las incertidumbres sobre la compensación estatal pudo ser otro factor que inclinó la balanza para que los amos optaran por vender sus esclavos antes que enviarlos al campo de batalla.

La sumatoria de todos estos factores tuvo cierto impacto en el comercio esclavista que, coincidentemente, había empezado a declinar en esos agitados años. La desvalorización fue una de las manifestaciones más evidentes en el marco de ese intercambio económico.

La convocatoria masiva de esclavos realizada en 1820 por el gobierno Republicano es una prueba fehaciente del papel protagónico de Nueva Granada como "proveedor" de pie de fuerza en torno a lograr la liberación definitiva de los territorios vecinos dentro del proyecto ideado por Bolívar.

Esta no sería la última vez en que se convocaría a los esclavos a la guerra. Muchos de los mulatos y negros de la región del Patía y Río Palo, que habían estado polarizados durante la lucha por la emancipación nacional, serían posteriormente reclutados en las sucesivas guerras civiles que azotaron al país en las décadas de 1830 y 1840 bajo las facciones contendientes de ministeriales y progresistas. La misma abolición definitiva decretada en 1851 fue una de las causas que desataron un nuevo conflicto civil en la región del Cauca, en el cual los propietarios esclavistas hicieron público su descontento (Colmenares, 1990, p. 9).

Pero no todo fue negativo para la comunidad esclava. Algunos consiguieron beneficios como el reconocimiento social a través de los ascensos militares, en tanto que otros obtuvieron la libertad, ya fuera mediante los canales legales o mediante situaciones de hecho. Otros contaron con el aliciente de obtener algunos reconocimientos y condecoraciones por sus servicios militares. Un ejemplo palpable de ello fue el del sargento segundo Juan Castillo, negro nacido en África e incorporado en calidad de soldado desde 1811 a las fuerzas de Simón Bolívar en su campaña por Venezuela. Participó luego en la batalla del Pantano de Vargas, en la batalla de Boyacá y en la campaña del sur de Colombia en 1822. Contribuyó también en los combates que permitieron la liberación del Perú, en razón a lo cual recibió las medallas de Boyacá, Pichincha, Ayacucho, el escudo de Junín y Ayacucho, y la estrella de Libertadores de Venezuela. Su hoja de servicios expedida en la población de Piedecuesta en noviembre de 1826 daba cuenta de una larga trayectoria militar de 15 años consagrados a la patria (Jiménez, 2013, pp. 301-302). Aun en el estado de agitación reinante, algunos negros contaron con mayor oportunidad de contacto social, ya fuera en el ámbito militar o como fórmula de supervivencia.

Esta época estuvo, además, marcada por la inestabilidad jurídica en donde fueron continuos los reacomodos en función a los cambios de gobierno. Esto, de alguna manera, tuvo una incidencia en el marco legislativo y administrativo en el que se desenvolvió el negro esclavo.

Es importante tener en cuenta que el paso de Colonia a República independiente no implicó un cambio de mentalidad automática. Prevalecía aún la tendencia de conservar muchos de los ideales y estructuras propias de la época del dominio español.

Aun cuando las instituciones Republicanas surgidas de las guerras de independencia quisieran imponer por decreto la igualdad social, en realidad todavía subyacía una acentuada heterogeneidad social y étnica que venía operando desde hacía más de dos siglos de dominio colonial. Existía entonces un desfase no resuelto entre las intenciones por implantar un nuevo orden y las costumbres y mentalidades aún vigentes (Almario, 2005, p. 323).

Tal como afirma Christine Hünefeldt, queda claro que los esclavos no lograron consolidar durante la Independencia un liderazgo antiesclavista ni pudieron actuar como un frente común (Hünefeldt, 2010, p. 289). Tampoco se llegó a materializar una conciencia racial que impulsara a negros esclavos y libres a formar un movimiento común a pesar de la existencia de similares condiciones económicas y de parentesco (Helg, 2011, p. 270).

Lo anterior puede tener explicación en el desmoronamiento demográfico de este segmento de la sociedad, la dispersión geográfica, la dificultad de comunicación entre las regiones, la falta de uniformidad en cuanto a intereses y aspiraciones, la confusión generada ante la intermitente influencia ejercida por los dos bandos en contienda (realistas y Republicanos), la efímera ilusión causada por las ambiguas y tímidas normas sobre manumisión y el control ejercido por los amos y las autoridades.

De todas formas, lo más prudente y sensato en el análisis de este asunto es remitirse a los matices regionales. Así, por ejemplo, no hay que desconocer que las continuas rebeliones, fugas y resistencias de los esclavos del Cauca tuvieron un gran impacto y lograron poner en alerta a propietarios y gobernantes.

La libertad seguiría siendo el principal anhelo para esta comunidad de ébano, pero al mismo tiempo su mayor frustración al ver cómo se aplazaba por mucho más tiempo. A fin de cuentas, para la población esclava la participación en estas luchas resultó siendo estéril, pese a los periódicos ofrecimientos de manumisiones individuales o colectivas. Solo algunos con suerte y otros favorecidos por la ley de vientres o vinculados al campo de batalla pudieron acceder a tal beneficio, pero al final la mayoría continuaría en estado de sujeción y habría de pasar tres décadas para abrazar el goce de la libertad definitiva. En últimas, lo único que se consiguió después de la Independencia fue la supresión del sistema de castas, con lo cual solo prevalecieron dos categorías: libres y esclavos.

En materia de derechos, también fueron muy desesperanzadores los avances. La idea de convertir a los esclavos en ciudadanos y de vincularlos activamente a la formación de la República estuvo ligada intrínsecamente al proyecto abolicionista. Estos postulados fueron defendidos por un sector de la élite, pero al final primaron más los intereses y prejuicios raciales de los esclavistas (Cruz, 2008, pp. 57-75). Ni siquiera para la creciente comunidad de afrodescendientes libres fue fácil el camino para obtener tal reconocimiento.

Referencias

Fuentes primarias

Archivo Central del Cauca - ACC (Popayán). Sala Independencia.

Archivo General de la Nación - AGN (Bogotá). Fondos: Esclavos, Minas, Miscelánea, Secretaría de Guerra y Marina.

Archivo Histórico de Antioquia - AHA (Medellín). Fondo Independencia.

Libros y artículos de revistas

Almario García, Ó. "Racialización, etnicidad y ciudadanía en el Pacífico neogranadino, 1780-1830". En: Independencia y transición a los Estados nacionales en los países andinos: nuevas perspectivas. Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander-Organización de Estados Iberoamericanos, 2005, pp. 317-356.

Correo del Orinoco, (Angostura, Venezuela) 1818-1821. Bucaramanga, Gerardo Rivas Moreno editor, 1998.

Cortázar, R. (Comp.). Correspondencia dirigida al general Santander. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1969, Vols. IV y XIII.

Cruz Rodríguez, E. "La abolición de la esclavitud y la formación de lo público-político en Colombia 1821-1851". En: Memoria y Sociedad, Vol. 12, No. 25. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, julio-diciembre de 2008, pp. 57-75.

Gutiérrez Ramos, J. "El infame tumulto y criminal bochinche: las rebeliones campesinas de Pasto contra la República (1822-1824)". En: Independencia y transición a los estados nacionales en los países andinos: nuevas perspectivas. Bucaramanga, UIS-OEI, 2005, pp. 371-399.

Helg, A. "Libertad e igualdad en el Caribe colombiano 1770-1835". Medellín, Fondo Editorial Eafit-Banco de la República, 2011.

Hünefeldt, C. "Esclavitud, percepciones raciales y lo político: la población negra en la era independentista en Hispanoamérica".

En: Bonilla, Heraclio (Edit.). Indios, negros y mestizos en la Independencia. Bogotá, Editorial Planeta-Universidad Nacional de Colombia, 2010, pp. 270-289.

Jiménez Meneses, O. y Pérez Morales E. (Comp.). Voces de esclavitud y libertad. Documentos y testimonios Colombia, 1701-1833. Popayán, Editorial Universidad del Cauca, 2013.

Jurado Noboa, F. Esclavitud en la costa pacífica. Iscuandé, Barbacoas, Tumaco y Esmeraldas. Siglo XVI al XIX. Quito, Centro Afro-Ecuatoriano, 1990.

Lohse, R. "Libertad y derechos de propiedad: la manumisión en La Plata, Colombia, 1821-1852". En: Revista Memoria, N° 9. Bogotá, Archivo General de la Nación, 2003.

Memorias del general O´Leary. Caracas, Imprenta de la Gaceta Oficial, 1881, tomos 16 y 18.

Mörner, M. La mezcla de razas en la historia de América Latina. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1969.

Price, J. W. Biografías de dos ilustres próceres y mártires de la Independencia y de un campeón de la libertad, amigo de Bolívar y de Colombia. Bogotá, Imprenta de La Cruzada, 1916.

Reales Jiménez, L. "La imagen de la población afrocolombiana en la prensa del siglo XIX". En: 150 años de la abolición de la esclavización en Colombia. Desde la marginalidad a la construcción de la nación. Bogotá, Ministerio de Cultura-Museo Nacional de Colombia, 2003.

Recopilación de leyes de los Reinos de las Indias. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1973, tomo II.

Restrepo, J. M. Diario político y militar. Bogotá, Imprenta Nacional, 1954, tomo I.

Restrepo, J. M. Documentos importantes para la historia de la revolución de la República de Colombia en la América Meridional, Medellín, Universidad de Antioquia-Universidad Nacional, 2009, CD.

Samper, J. M. Ensayo sobre las revoluciones políticas. Bogotá, Universidad Nacional, 1969.

Tovar Pinzón, H. Convocatoria al poder del número. Santa Fe de Bogotá, Archivo General de la Nación, 1994.

Tovar Pinzón, H. "La lenta ruptura con el pasado colonial". En: Historia económica de Colombia. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 4ª edición, 1994.

Urrutia, M. y Arrubla, M. Compendio de estadísticas históricas de Colombia. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1970.

Medina Montoya, L. (2010). Del Ejército del Rey al Ejército de la Patria: Los Ejércitos en la Guerra de la Independencia del Perú, 1809-1824. En Documenta de Historia Militar, 1 (1), 57-83. CPHEP. Prinley S.R.L.

Méndez, C. (2014). La república plebeya. Huanta, formación del Estado peruano, 1820-1850. Instituto de Estudios Peruanos.

O'Phelan, S. (1976). Túpac Amaru y las sublevaciones del siglo XVIII. En Alberto Flores Galindo (Ed). Sociedad colonial y sublevaciones populares. Túpac Amaru II - 1780. Antología (pp. 67-71). Retablo de Papel Ediciones.

Pezuela de la, J. (1821). Manifiesto en que el virrey del Perú don Joaquín de la Pezuela refiere el hecho y las circunstancias de su separación del mando: Imprenta de Leonardo Núñez de Vargas.

Rodríguez, C. V. (1944). Estudio preliminar. En Memoria de Gobierno. Joaquín de la Pezuela, virrey del Perú, 1816-1821 (pp. XIII-CXL). Editorial Católica Española.

Rowe, J. H. (1976). El movimiento nacional inca del siglo XVIII. En Alberto Flores Galindo (Ed). Sociedad colonial y sublevaciones populares. Túpac Amaru II - 1780. Antología (pp. 9-66). Retablo de Papel Ediciones.

Roger Pita Pico

Magíster en Estudios Políticos por la Pontificia Universidad Javeriana. Politólogo con opción en Historia por la Universidad de los Andes-Bogotá. Especialista en Gobierno Municipal y en Política Social. Diplomado en Gestión de Campañas Electorales y liderazgo político moderno. Se desempeñó como coordinador de la biblioteca "Eduardo Santos" de la Academia Colombiana de Historia en 2012-2020. Ocupó el tercer lugar en el concurso Bicentenario de la Independencia Colombiana organizado por la Academia Colombiana de Historia, 2010, con el trabajo: "Los negros esclavos y libres en los procesos de independencia de Colombia". Y el tercer lugar en el concurso Ensayo sobre la Independencia de Colombia organizado por la Universidad Santo Tomás, con el trabajo titulado: "Rumores de libertad entre la población esclava: de la Revuelta de los Comuneros a las Guerras de Independencia".